

Ernesto Carmona

Implicaciones éticas de la concentración de medios, y sus vinculaciones políticas y económicas en América Latina*

Ernesto Carmona

Consejero del Colegio de Periodistas de Chile.
Secretario Ejecutivo de la Comisión
Investigadora de Atentados a Periodistas, Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP)

Los grandes medios de América Latina padecen una profunda crisis ética por no cumplir con su mandato esencial de informar “veraz y oportunamente”. Al sepultar la noción de medios libres e imparciales y el “deber ser informativo” asociado a los orígenes de la prensa, el periodismo perdió su fin ético último: coadyuvar a que el hombre satisfaga la necesidad y el derecho a estar informado para tomar las decisiones en el logro de una “vida buena”.

La pérdida de la ética, acelerada por la concentración mediática y estimulada por el modelo neoconservador impuesto en las últimas cuatro décadas -que también pavimentó los excesos de la gran concentración no regulada del poder corporativo y financiero causante de la crisis actual desatada en las naciones desarrolladas-, edificó una tiranía mediática al erigir una “mediocracia” que define y regula casi todos los ámbitos de la vida contemporánea.

La concentración de la propiedad mediática creció en todo el mundo junto con el rol dominante de las grandes corporaciones transnacionales, que explotan los recursos naturales de los países pobres, con el pretexto de ayudar al “desarrollo” de las naciones atrasadas, ricas sin embargo en materias primas, potencial alimentario y combustibles.

Las primeras señales de alerta ante la concentración mediática surgieron hace más de 50 años. En su libro *El capitalismo contemporáneo*, publicado en 1956,¹ el pensador laborista británico John Strachey hizo esta afirmación: “La diseminación de noticias y opiniones se ha convertido en una rama de los grandes negocios y, como los demás grandes negocios, ha avanzado a la etapa oligopolista. Como tal, se ha convertido en el casi monopolio de un puñado de grandes empresas. Pero la diseminación de noticias y opiniones no es un proceso productivo ordinario. Está íntimamente ligado a la existencia de la democracia efectiva. Existe un límite a la monopolización de la opinión que la democracia no puede rebasar, si pretende seguir siendo efectiva; entonces es casi imposible que el pueblo haga una elección racional. Estas cuestiones, y no tanto las formas constitucionales, serán las que realmente importen en las luchas políticas de la segunda mitad del siglo XX”.

Esta voz socialdemócrata advirtió, hace medio siglo, que el periodismo “está íntimamente ligado a la existencia de la democracia efectiva”, y que su desnaturalización favorece exclusivamente “la tendencia política a favor del gran capital”. Inspirado en el afán de lucro, hoy se ha convertido en una herramienta al servicio del poder económico, político y militar, nacional, local y global.

Los medios son instrumentales a la conservación de un *statu quo* de gran concentración de la riqueza y, en algunos países latinoamericanos, pretende ejercer directamente el poder político como un partido más, identificado con el poder económico (ya hubo un golpe de estado conducido desde una televisora en Venezuela en 2002). Su objetivo ya no es la información, sino la sustitución de la opinión pública, arrojándose el derecho a ocultar información en un sistema de “noticias” sesgadas, manipuladas -sino prefabricadas-, y siempre predigeridas.

El periodismo ya no orienta ni informa sobre los problemas reales de los países, quizás para mantener en la ignorancia a ciudadanos ignorantes, que concurren a votar con sus mentes influidas por meca-

nismos emocionales e hiperrealistas que los medios inculcan.

Aún así, y a contrapelo de la masificación de contenidos estigmatizantes, los electores de varios países de la región terminan favoreciendo la opción más reñida por los medios, y esto significa que el periodismo pierde credibilidad, mientras grandes diarios están en crisis, se achican o desaparecen en el papel, sobreviviendo sólo en internet. Los lectores comenzaron a dar la espalda y a dejar morir a los grandes diarios que privilegian los intereses de sus dueños y avisadores corporativos, mientras buscan otros destinos para sus pequeños avisos clasificados en la nueva prensa independiente local que emerge por doquier. Simultáneamente, las empresas inventan nuevos “diarios basura”, sin contenido y a veces gratuitos, populacheros y de lenguaje degradado, en un esfuerzo supremo por sobrevivir en su concepto de mercado “populista”.

Desde la segunda mitad del siglo XX, comenzó a advertirse que los grandes medios faltaban a la ética ocultando noticias, o entregándolas incompletas, sesgadas y/o tergiversadas. Se hizo evidente que los medios adquirieron motivaciones distintas a la cobertura genuina de hechos relevantes. En las salas de redacción emergieron reglas no escritas que cambiaron el concepto mismo de la información, en sintonía con los intereses de los dueños. De esta manera, lograron entronizar un código tácito de prejuicios y omisiones, que condujo a establecer nuevos parámetros, ocultos y no declarados en la práctica periodística cotidiana, para determinar qué es “noticia”, o qué hecho tiene “méritos” para darse a conocer al público, aunque tenga poca relevancia. Al sustituir el concepto de “información” por el de “entretenimiento y propaganda”, en esas mismas salas de redacción aparecieron los nuevos mecanismos sutiles de censura y auto-censura vigentes hoy.

Vivimos en sociedades en permanente crisis ética y de valores humanos, debido en gran parte a la acción de los medios y a la “herencia espiritual” de la última oleada de dictaduras, más cuatro décadas de efectos implacables del excluyente modelo económico neoconservador. Las últimas

dictaduras militares recibieron en cada país, el apoyo incondicional de los grandes. Incluso algunos llegaron a fabricar noticias falsas, destinadas a “lavar” desapariciones de personas, o a “crear” incidentes políticos que nunca existieron, eligiendo previamente a “culpables” inocentes, como hicieron los periodistas de *El Mercurio* de Chile, al servicio de la inteligencia de Pinochet. El rol de *El Mercurio* ha sido tema de libros, documentales y estudios de posgrado, como *Chile inédito*, del estadounidense Ken Dermota.²

En Chile pocos saben que el dueño de ese diario, Agustín Edwards, fue llevado a los tribunales por dos espectadores jóvenes que en 1987 presenciaban distraídamente una alocución del Papa Juan Pablo II en una visita a Santiago, mientras los servicios de inteligencia llevaban a cabo un incidente -fabricado por ellos mismos- para opacar la visita del Pontífice y crear desórdenes, con el objetivo de atribuirselos a la oposición a la dictadura. Al día siguiente, en el diario, ambos estudiantes aparecieron sentados, muy tranquilos, en una foto captada en las graderías antes del incidente, pero con círculos que destacaban sus rostros, junto a una leyenda que indicaba sus nombres y los sindicaba como terroristas autores del desorden. Los jóvenes ganaron el juicio, aún bajo la dictadura, y Edwards fue declarado reo; sin embargo, esa noticia jamás se conoció.³ De esta manera, continúan haciéndose montajes que tienen como víctimas a indígenas, huelguistas, y otros sectores excluidos, en un periodismo que otorga gran cobertura a la vida social de las elites pero ignora las luchas colectivas, mientras no se transformen en “desórdenes públicos”.

Los ciudadanos perdieron el derecho a la información -garantizado en varias constituciones pero convertido en letra muerta- como así también otros derechos, como la educación pública, convertida en privada o semi privada.

Los medios repiten el lugar común de que vivimos en la “sociedad de la información”. Pero éste es otro mito, porque lo cierto es que vivimos en sociedades más entretenidas, pero cada vez menos informadas. No es una “sociedad de la información”, sino del “infoentretenimiento”, una sociedad infrainformada pero abarrotada de

insignificantes “noticias basura” superficiales, o “in-formaciones engañosas” que llenan el espacio arrebatado a las grandes noticias ignoradas o censuradas, tal como describe al “infoentretenimiento” -desde hace un cuarto de siglo- el Proyecto Censurado de la Universidad Sonoma State de California.⁴

El desarrollo de las tecnologías produjo grandes impactos, como la televisión en colores, la telefonía digital, internet y ahora, la televisión digital. Empero, las novedades tecnológicas sofisticadas no significaron mejores contenidos, y tampoco mejor información que cuando sólo existían la radio y unos pocos diarios de papel. La televisión digital requiere de una nueva regulación, cuyo debate presentaría la oportunidad de democratizarla, pero hay presiones políticas, gubernamentales, legislativas y empresariales para que todo quede como está: nueva infraestructura tecnológica con los mismos protagonistas repartiéndose el millonario botín del mercado publicitario y, además, el ingreso a negocios distintos como la telefonía digital e internet.

En Argentina, los grandes medios claman por “la libertad de expresión”, porque el parlamento ha sancionado -democráticamente- una Ley de radiodifusión denominada “Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual”, para sustituir una norma de la dictadura militar (1976-1983): el decreto-ley 22.285, de 1980. La flamante norma, no atañe a la prensa escrita, sino a la explotación privada del espectro radioeléctrico, universalmente considerado un bien público y regulado por los gobiernos en todos los países del mundo, incluido los EE.UU.

Los grandes medios impresos y audiovisuales, ocultan hoy demasiadas noticias relevantes, y/o tergiversan otras que no pueden eludir, mientras derrochan un valioso tiempo de “salida al aire”, o centímetros por columna, en banalidades, frivolidades de la farándula, enfermedades, transplantes, nacimientos de niños malformados, intimididades de ídolos deportivos, mitos como el “chupacabras”, y toda clase de propaganda cultural y comercial disfrazada de información, o información-propaganda copiada de boletines oficiales de gobiernos o grandes corporaciones que